

# Imre Kertész (1929-2016).

## El escritor de segunda fila.

### In memoriam<sup>1</sup>

YURISAN BERENICE BOLAÑOS RUIZ  
*Universidad Michoacana de San Miguel de Hidalgo*

*El conferenciante (Imre Kertész) nació en el primer tercio del siglo XX, sobrevivió a Auschwitz y pasó por el estalinismo, presenció de cerca, en tanto que habitante de Budapest, un levantamiento nacional espontáneo, aprendió, como escritor, a inspirarse exclusivamente en lo negativo, y seis años después del final de la ocupación rusa llamada socialismo —o, si se quiere, del siglo XX desde un punto de vista histórico—, encontrándose en el interior de ese vacío voraginoso que en las fiestas nacionales se denomina libertad y que la nueva constitución define como democracia —aunque también lo hiciera la anterior, la socialista—, se pregunta si sirven de algo sus experiencias o si ha vivido del todo en vano.*

I. Kertész

Es difícil hablar cuando el dolor de perder a alguien querido nos cierra la garganta. Nunca conocí personalmente a Imre Kertész, su escritura, sin embargo, me ha acompañado a lo largo de los años. Leer sus novelas, sus diarios o sus ensayos me permitió no solo conocer de primera mano la experiencia vital de alguien que padeció guerras, dictaduras, totalitarismos, persecución. Me acercó de un modo diferente y especial al mundo de la creación y la escritura. Motivada por un deseo irreprimito de entablar un diálogo, le escribí varias cartas que, sin embargo, nunca me atreví a enviar. Confiando en que *una carta siempre llega a su destino* escribo esta breve semblanza como una penitencia por mi cobardía y como un modesto homenaje a un gran escritor que me enseñó de forma definitiva “que la literatura supone un vuelco sin fondo, un golpe insuperable en plena corazón, una valentía y un ánimo elementales, y al mismo tiempo algo así como la enfermedad mortal”<sup>2</sup>.

A pesar de que desde el año 2012, Imre Kertész declaraba abandonar la escritura, la necesidad vital de continuarse narrando hizo que sus diarios siguieran llenándose de apuntes. El silencio vino hasta el último día de marzo de 2016, cuando la muerte dio por sentada la intención anunciada años atrás. Su muerte enluta no solo a la comunidad literaria mundial sino a todos los que como él, hicieron del testimonio la matriz simbólica para replantear la historia y la política modernas.

---

<sup>1</sup> El premio Nobel húngaro da nombre a un proyecto de reconstrucción de la memoria en esta universidad mexicana.

<sup>2</sup> KERTÉSZ, I., *Dossier K*, Barcelona, Acantilado, 2007, p. 149.

La muerte del escritor húngaro nos enfrenta a un panorama que ya se anunciaba desde hace tiempo: el deceso de la mayoría de los sobrevivientes del holocausto. A tres generaciones de distancia nos vamos quedando sin la voz de aquellos que experimentaron en primera persona la realidad del *Lager*.

La muerte de Kertész pone punto final a una obra que desde sus comienzos no ha sido acogida en Hungría con la misma emoción que en Alemania, país que no solo lo da a conocer sino que ahora alberga su archivo personal<sup>3</sup> y que ha creado, en reconocimiento de su labor, el *Imre Kertész Kolleg*<sup>4</sup>, dedicado al estudio multidisciplinar de la historia de Europa del Este en el siglo XX.

Autor incómodo en muchos sentidos: elige Berlín como residencia y el alemán —al lado del húngaro— como lengua de cabecera; se niega a adherirse a la identidad judía y mantiene una posición distante y crítica respecto a la industria que se ha erigido en torno al holocausto. A pesar de ser un sobreviviente, Kertész nunca ha pretendido que tal condición le permita asumirse como portavoz del sufrimiento judío, al contrario, mira con desprecio a los que monopolizando el holocausto, han contribuido a la negación del mismo. Piensa que estos “productores del holocausto”, no están interesados en preservar la memoria ni en extraer las consecuencias éticas del genocidio judío, les preocupa, más bien, ofertar productos atractivos para los “consumidores del holocausto”<sup>5</sup>. Kertész no se ubica en este grupo, su obra aspira a trascender las condiciones materiales del holocausto para bordear la existencia humana y sus devenires en el horizonte de un siglo marcado por guerras y totalitarismos.

Además de ser un profundo conocedor de la literatura alemana, Kertész trabaja durante varios años como traductor de numerosos escritores y filósofos alemanes. Esta profesión lo marcaría en dos sentidos: 1) en el desarrollo de una sensibilidad especial en torno a la ausencia de un sentido único del texto, y; 2) una relación dolorosa y a la vez gozosa con el idioma y la cultura alemana. Esta relación ambivalente lo acerca, por poner un ejemplo, a Paul Celan, poeta rumano que al terminar la Segunda Guerra Mundial se preguntaba: ¿cómo escribir, madre, en la lengua de tus asesinos? El amor a la lengua alemana —sentimiento compartido por ambos autores— se recrudeció a la luz de Auschwitz. Acogido con toda su carga negativa, el idioma alemán comenzó a arder en las palabras del escritor y el poeta, ninguno de los dos asume que se pueda escribir de espaldas al crimen, por el contrario, establecen el holocausto como el nuevo horizonte en el que ha de desplegarse toda actividad artística.

### Una vida marcada por el exilio

“Las dictaduras del siglo XX crearon nuevas formas de existencia intelectual” afirma Kertész en un texto dedicado al escritor Sándor Márai. ¿Cuáles son estas nuevas formas? La más destacada, a los ojos de Kertész, es la del exilio. Los acontecimientos históricos le llevan a preguntarse sobre las posibilidades del pensamiento y la crea-

<sup>3</sup> Archivo Imre Kertész, Academia de las Artes de Berlín.

<sup>4</sup> Instituto perteneciente a la Universidad Friedrich Schiller de Jena.

<sup>5</sup> Al respecto, el rabino Arnold Jacob Wolf señala: “Me da la impresión de que, en lugar de dar clase sobre el Holocausto, lo que se hace es venderlo” citado en FINKELSTEIN, N. G., *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*, Madrid, Akal, 2012, p. 6.

ción artística en situaciones extremas como la guerra. Kertész no sale de Hungría al terminar la guerra, sino que emprende un “autoexilio” en varios frentes, primero toma distancia de la vida intelectual húngara, en este contexto el exilio era una lucha por la autoconservación, por no ahogar la razón en el asfixiante ambiente totalitario del kádárismo<sup>6</sup>. “Era —cita Kertész una frase de Orwell— un espíritu solitario que susurraba una verdad que nadie nunca escucharía. Pero mientras la susurraba, de un modo oscuro la continuidad no se interrumpía. Continuaste la herencia humana, no haciéndote escuchar, sino conservando la razón”<sup>7</sup>.

El camino hacia el exilio no fue fácil. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Kertész comienza un doble juego en el que resiste y colabora con el régimen socialista húngaro de manera alternada, son los años 50's y 60's. Escribe —por mera subsistencia, afirma— comedias teatrales ligeras a la vez que comienza novelas que habrán de ver la luz muchos años después. En *Dossier K*, Kertész se pregunta por esta doble vida —que tilda de deshonestá—. Sin embargo, desde un punto de vista espiritual, nunca cedió a los encantos del reconocimiento público fácil y asumió la labor de guionista como la opción que le permitía ganarse el sustento. Escribir estas piezas solo tenía un sentido práctico pero no trascendental, no había experiencia creadora en esta labor. La potencia creativa sólo se desplegó en aquella primera novela escrita a lo largo de 15 años y en la obra posterior. En un entorno marcado por la censura, Kertész escribía en silencio novelas que no obedecían, como sus guiones televisivos y teatrales, a la necesidad. Eran realización plena, escritura existencial; son estas obras las que han perdurado. Kertész no comparte los ideales húngaros de su tiempo y decide replegarse en la escritura. El exilio como actitud auto impuesta germinará en una narrativa que no se adapta a los estándares estilísticos de su entorno. Su obra refleja una lucha constante con la sociedad húngara de la posguerra: “autoritaria, remilgada, asesina del alma, semifeudal, semieuropea, militarista, dirigida desde el chaleco del apuesto dictador”<sup>8</sup>.

Kertész también se exilia de la comunidad judía ortodoxa, pues el judaísmo fue, desde su infancia, sinónimo de extrañeza y exclusión. “Jamás pensé que fuera judío salvo en los momentos de amenaza. En tales casos, lo judío tampoco aparece como algo ‘interior’, sino siempre como negatividad, como determinación exterior (...) Cuando digo que soy judío, digo, pues, que soy negación”<sup>9</sup>. En una conferencia pronunciada en Budapest en abril de 2002 Kertész nos muestra su particular relación con la judeidad:

Cuando digo que soy un escritor judío, no estoy diciendo que yo sea judío. Pues ¿qué judío es aquel que no recibió una educación religiosa, que no habla hebreo, que apenas conoce, en el fondo, las fuentes de la cultura judía y que no vive en Israel, sino en Europa? (...) alguien para quien Auschwitz es la identidad judía principal y quizá única, no puede calificarse de judío en cierto sentido. Es el ‘judío no judío’ del que habla Isaac Deutscher,

<sup>6</sup> Término que hace referencia al régimen socialista de la República Popular de Hungría cuya ideología fue establecida por János Kádár, presidente del Partido Socialista Obrero Húngaro y primer ministro de Hungría en varios periodos entre 1956 y 1965.

<sup>7</sup> KERTÉSZ, I., *Diario de la galera*, Barcelona, Acontilado, 2004, p. 17.

<sup>8</sup> KERTÉSZ, I., *Dossier K*, o. c., p. 166.

<sup>9</sup> KERTÉSZ, I., *Diario de la galera*, o. c., p. 50.

la variante europea desarraigada que apenas puede establecer una relación interior con la condición de judío que le ha sido impuesta<sup>10</sup>.

Kertész, el “judío no judío”, el que se exilia del judaísmo para volver a él solo mediante la experiencia literaria. Más que considerarse judío se asume como un sobreviviente, aunque lo primero es condición de lo segundo; realiza un movimiento inverso y sólo después de haber pasado por Auschwitz puede asumir el frágil lazo que lo une con el judaísmo. La suya es, pues, una relación negativa cuya matriz no se encuentra en la tradición ni en la ortodoxia sino en el *Lager*:

Cuando Kertész se define como sobreviviente y no como víctima, asume una postura ética; no puede ni quiere hablar desde el lugar de las víctimas porque, en un sentido estricto, las víctimas verdaderas perecieron<sup>11</sup>. Para poder escribir, se enfrenta al hecho de que sobrevivir en el universo totalitario es siempre colaborar. “El punto de inflexión fue cuando volví de Auschwitz y pensé ¿qué pasó cuando me llevaron?, ¿era una víctima impotente o un partícipe activo de esa maquinaria de muerte? Un examen así es muy productivo, esa autodisección es el comienzo de la creatividad”<sup>12</sup>. En este sentido, la escritura kertesiziana no proviene de la voz de una víctima, es ficción y el autor asume plenamente todas las consecuencias e inconsecuencias que sus ficciones conllevan; los hechos narrados no se apegan a los datos históricos, solo adquieren relevancia en tanto obedecen al conjunto y a la estructura de la novela. Al respecto afirma:

Cuando se trata de una autobiografía, evocas tu pasado, intentas aferrarte de la manera más escrupulosa posible a tus recuerdos, te resulta sumamente importante describirlo todo tal como ocurrió en la realidad o, como suele decirse, sin añadir nada a los hechos. Una buena autobiografía semeja un documento: un retrato de la época que uno puede usar como ‘referencia’. En la novela, en cambio, lo importante no son los hechos, sino aquello que se agrega a los hechos<sup>13</sup>.

Finalmente Kertész se exilia también de la “literatura del Holocausto” al no aceptar que su obra sea encasillada bajo esta clasificación. Aunque su estilo lo acerca a la literatura de Europa del Este, su postura, el ánimo con el que escribe no permite ponerlo al lado de los dos referentes contextuales que rodean su obra: la literatura húngara y la narrativa testimonial. En estas condiciones de “desamparo”, el autoexilio se hizo necesario, en tanto desnudó la mirada del escritor y le permitió admitir con humildad y honestidad la potencia creativa que, desde su reclusión en el *Lager*,

<sup>10</sup> KERTÉSZ, I., “Jerusalén, Jerusalén” en *La lengua exiliada*, España, Taurus, 2007, pp. 134-135.

<sup>11</sup> Al respecto véase el testimonio de Viktor Frankl: “No había tiempo para consideraciones morales o éticas, ni tampoco el deseo de hacerlas. Un solo pensamiento animaba a los prisioneros: mantenerse con vida para volver con la familia que los esperaba en casa y salvar a sus amigos; por consiguiente, no dudaban ni un momento en arreglar las cosas para que otro prisionero, otro ‘número’ ocupara su puesto en la expedición. Se empleaba la fuerza bruta, el robo, la traición o lo que fuera con tal de salvarse. ‘Los que hemos vuelto de allí gracias a multitud de casualidades fortuitas o milagros —como cada cual prefiera llamarlos— lo sabemos bien: los mejores de nosotros no regresaron”. En FRANKL, V., *El hombre en busca del sentido*, Barcelona, Herder, 2003.

<sup>12</sup> MORA, M., “Imre Kertész, un escriba contra la desolación” en *El país*, 10 de marzo del 2004.

<sup>13</sup> KERTÉSZ, I., *Dossier K*, o. c., pp. 11-12.

le había sido anunciada. A su vez, el exilio le asegura una existencia propia al margen de categorías establecidas. Desprenderse anímicamente del entorno, es decir, autoexiliarse, se volvió, primero, una acción de supervivencia y, segundo, la matriz nutricia de la creatividad: “no habría podido sobrevivir o superar estas circunstancias de vida si no hubiera intentado aislarme, si no hubiera tratado de crear una forma de vida espiritual en que el propio aislamiento se convertía primero en algo tolerable y luego en algo creativo”<sup>14</sup>.

Al abordar el lugar que ocupa Kertész al interior de la literatura del holocausto, podemos afirmar que en su narrativa se establece una ruptura respecto al prototipo común de la víctima, nunca asume ni martirios ni heroísmos; su obra se aleja de la literatura concentracionaria al manejar el tema de Auschwitz desde nuevos registros. Por ejemplo, podemos encontrar en sus novelas personajes capaces de experimentar la dicha y el amor dentro del *Lager*.<sup>15</sup> La ironía es otro de los recursos usados por el autor para salirse del camino ya andado por las narrativas testimoniales convencionales que, cargadas —en su mayoría— de lamentos, no pueden añadir este elemento de mordacidad que parece desentonar con las pretensiones morales que caracterizan a algunos de los abordajes literarios del holocausto.

La marginalidad del autor no impidió que, en el año 2002, se le concediera el Premio Nobel de Literatura por “una obra que conserva la frágil experiencia del individuo frente a la bárbara arbitrariedad de la historia”. Pese a ser el primer escritor húngaro en obtener tal honor, el autoexilio y la no adscripción a los ideales de la Hungría “moderna y democrática” de la época, hicieron que el reconocimiento otorgado por la Academia Sueca no fuera recibido con especial entusiasmo por sus compatriotas. Todavía en marzo de 2004, ochenta y cuatro escritores húngaros, entre los que se encontraban autores tan renombrados como Péter Esterházy y György Konrád, abandonaron masivamente el Sindicato de escritores de su país.

Lo que ocasionó la protesta fueron los comentarios emitidos por el poeta Kornel Döbren-tei tras la concesión del premio Nobel de Literatura al superviviente del holocausto, Imre Kertész. Para Döbren-tei, el premio era ‘dinero fruto de la mala conciencia’ concedido a un escritor que no hacía más que satisfacer el “gusto por el terror” de la minoría la que pertenecía<sup>16</sup>.

Lejos de inscribir su nombre en la cultura húngara, el Nobel representaba, a ojos de sus detractores, la ratificación de la no pertenencia de Kertész al espíritu nacional húngaro. Curiosamente Kertész nunca se ha definido en términos nacionalistas, es decir, su obra no pretende reflejar los valores o tradiciones de su país. Al respecto afirma: “Siempre he vivido como individuo, siempre me he defendido como individuo. Yo no tengo los llamados problemas de identidad. Que yo sea húngaro no es en absoluto más absurdo que el que yo sea judío; y que sea judío tampoco es más absurdo que el que, en general, yo sea”<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> KERTÉSZ, I., *Cartas a Eva Haldimann*, Barcelona, Acanalado, 2012, p. 134.

<sup>15</sup> Como ejemplo podemos citar *Sin destino*, la novela más conocida del autor.

<sup>16</sup> JUDT, T., *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, México, Taurus, 2011, p. 1180.

<sup>17</sup> KERTÉSZ, I., *Cartas a Eva Haldimann*, o. c., p. 16.

La problemática relación de Kertész con la identidad húngara ha dado pie a penosos incidentes. En 1990 el escritor Sándor Csoóri publica el artículo *Nappali hold* en la revista *Hitel*. En dicho texto alude a la condición judía de Kertész como un factor que le impide asumir plenamente su filiación húngara. En respuesta a estos comentarios, que mantienen un claro tono antisemita, Kertész renuncia públicamente a la Asociación Húngara de Escritores. En 1993 la Academia de Tutzing organiza unas jornadas dedicadas a la relación entre Hungría y Alemania, Kertész se encuentra entre los escritores invitados, sin embargo, Gyula Kurucz, director de la Casa Húngara de Berlín, manifiesta su rechazo al considerarlo políticamente inadecuado para representar a los intereses húngaros<sup>18</sup>. Los acontecimientos descritos dan muestra del lugar lateral de Kertész dentro de la comunidad intelectual de su país, así como la tensión constante entre su ascendencia judía, la cultura húngara y su estilo literario.

Indudablemente Kertész mantiene vínculos con su tiempo y su época, pero tales conexiones están condicionadas por una existencia al margen de los formalismos. Al tampoco pertenecer a la minoría judía —a la que Döbrentei, Csoóri y Kurucz pretenden insertarlo— Kertész está condenado a la soledad. Ignorado por unos y malinterpretado por otros, no duda en calificarse a sí mismo como “escritor de segunda fila”. Definición que obedece no solo al lugar secundario que las literaturas pertenecientes a Europa del Este ocupan, sino también al hecho de ser un autor incomprendido y poco valorado.

### El legado de Kertész

A medida que pasaron las décadas y el holocausto fue poco a poco permeando en la memoria europea, se fue instalando, auspiciado por los movimientos sionistas, una suerte de liturgia del holocausto. El siglo XXI es la época de las conmemoraciones, de los oficios memoriales que se acercan más al adoctrinamiento que a la rememoración. En el ámbito académico hemos pasado de la ocultación teórica, a la creación de los *Holocaust Studies*, como una disciplina especial dentro de las Ciencias Sociales. Después de un largo y penoso periodo de silencio se ha construido una suerte de maquinaria cultural que integra intereses políticos y económicos y que se nutre de esta nueva obsesión por el tema<sup>19</sup>. Sin embargo, en todo este engranaje, se vuelve a diluir la voz de los sobrevivientes y la potencia de un acontecimiento que, inconmensurable y abierto, es generador activo de sentido. Por todo lo anterior, se hace indispensable leer y estudiar a Kertész, cuya escritura no está motivada por la instrumentalización de la memoria. Su voz condensa la historia de la segunda parte del siglo XX hasta nuestros días. Es la historia del sobreviviente, del que ha visto “a los ojos de esta cabeza de Gorgona”, de aquel que después de haber experimentado terribles infamias encontró la lucidez de la escritura. La suya es la voz de las infamias pero también la de la esperanza, es la voz del exilio.

<sup>18</sup> *Ib.*, p. 150.

<sup>19</sup> Véase FINKELSTEIN, N. G., *La industria del Holocausto. Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío*, o. c.

La singularidad de Kertész radica en que supo mostrar el rostro humano presente en los mecanismos de dominación totalitaria: por un lado la maldad y el miedo y por el otro el frágil lazo de solidaridad y bondad que tiñe las relaciones humanas. En el panorama actual del resurgimiento de nacionalismos —cuyo horizonte fáctico es Auschwitz— y las consecuentes tragedias sociales que esto conlleva debemos regresar a la lectura de Kertész para encontrar en su obra una luz que nos ayude a alumbrar los tiempos de oscuridad que nos aguardan.

La supervivencia, el exilio, la escritura, son repeticiones circulares de una fuga iniciada hace más de setenta años; los rasgos de una vida vivida (y narrada) con osadía pues, como Kertész afirma, si hemos de seguir con vida tenemos que pensar con arrojo y hasta con cierto descaro. Su obra resume las experiencias vitales del siglo XX; muestra, por un lado, los terribles poderes que en él se gestaron así como sus funestas consecuencias y, por otro, la fuerza de la creatividad humana para hacer frente a esos poderes:

Siempre he considerado mi vocación —y al mismo tiempo mi credo de escritor— el mostrar al mundo la fragilidad y la vulnerabilidad de mi individualidad: mostrarlas a todos los pelotones de fusilamiento del mundo, pero también a los corazones acogedores de éste<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> KERTÉSZ, I., *Cartas a Eva Haldimann*, o. c., p. 17







**ESPERANZA GUISÁN**  
**FOTO CEDIDA POR LA FAMILIA**